



## **Infancias disidentes: la representación de una niñez en *Fuego de Marzo* de Eduardo Mendicutti**

**Ruiz, María Julia**  
**UNL**  
**july\_77@hotmail.com**

### **Una introducción**

La obra del escritor español Eduardo Mendicutti (1948) ha tomado, en los últimos años, un lugar de relevancia y prestigio dentro de las narrativas españolas contemporáneas. Asentándose como “literatura” y no como parte de un subgénero dentro de ella, las “etiquetas” que han rotulado su obra (Literatura gay, literatura *queer*, literatura de los márgenes) comenzaron a desprenderse poco a poco, permitiendo a los lectores la intromisión en un mundo donde lo hegemónico se desplaza a los bordes y lo contra-hegemónico se centraliza. De esta manera, no estamos leyendo literatura panfletaria y militante, sino una visión particular del mundo. Y al fin de cuentas ¿no es acaso esa visión particular del mundo lo que caracteriza a todos los textos de la literatura?

Facundo Saxe, atento lector de la obra mendicutiana, nos propone en su artículo “Identidad literaria e identidad sexual: la diversidad como proyecto de escritura en la narrativa de Eduardo Mendicutti” una visión panorámica de los principales planteos a abordar en estos textos. Uno de ellos es, precisamente, la apuesta por la pluralidad: apuesta que desmantela las ficciones acerca de la construcción de una identidad gay colectiva. En los textos mendicutianos encontramos una diversidad dentro de la diversidad: niños, ancianos, adolescentes, adultos, travestis, transexuales; todos ellos operan como manifestaciones de esa pluralidad encarnada en un simulacro de “igualdad”. Saxe menciona: “Mendicutti nos exhibe modelos e identidades ausentes de la literatura española canónica y da vida a una visión de diversidad



del colectivo gay, pintando las diferencias heterogéneas de un grupo muy amplio de identidades diferentes”.

Poco a poco todo se abandona.  
Y todo regresa, poco a poco, enfermizo y tenaz.  
¿Quién lo dice?

### **Infancias vividas, infancias narradas:**

#### **La memoria y la identidad en la construcción de un discurso particular**

En el presente trabajo nos interesa realizar un abordaje sobre uno de los sujetos que constituyen esta diversidad dentro de la diversidad; la representación de “una” infancia particular. Esa infancia podemos definirla, desde las palabras de Eduardo Bustelo en su texto *El recreo de la infancia: argumentos para otro comienzo*, como

(...) una etapa en la cual la subjetividad –concebida no sólo como marca identitaria sino también como forma de pertenencia social- se expande. Hablo de subjetividad y no de un sujeto individual y privatizado. Se trata de una construcción basada principalmente en el autoaprendizaje, en la que la conciencia de sí, la intersubjetividad y su proyección social emergen hasta convertirnos en personas. Es decir que esa expansión se produce con otros y, simultáneamente, contra ellos (...). (2011: 3-4)

Antes de adentrarnos puntualmente en el libro de relatos *Fuego de Marzo*, recuperamos brevemente la novela que, creemos, inicia la travesía del sujeto que protagoniza nuestro volumen de cuentos. La iniciática novela *El palomo cojo* narra el devenir de un niño que pasa una temporada en la casa de sus abuelos. Este transcurrir es contado por un sujeto adulto que evoca aquel tiempo pasado, resignificando los espacios en blanco y dándole nuevos sentidos e interpretaciones.

En otra oportunidad nos hemos dedicado al análisis puntual de esta novela, adentrándonos en las representaciones familiares que el sujeto construye para constituirse en una identidad centralizada y disidente. La evocación funciona, en este como en tantos otros textos, como activador de la



memoria: factor decisivo en la recuperación de un pasado que se revisita y que le dice al sujeto quién es en verdad.

Mariana Genoud de Fourcade y Gladis Granata de Egües en su libro *Escrituras del yo y la memoria* proponen que

La memoria es la base de nuestra identidad individual y colectiva. El hombre se busca a sí mismo desde tiempos remotos; la literatura es un espacio privilegiado en esta búsqueda, allí le es posible reencontrarse con su imagen y su pasado o reinventarse cada día con los retazos de sus recuerdos (...) El rostro definitivo, el verdadero, es muchas veces inasible, pero el hombre no cesa en la lucha por evocar y aprehender estéticamente lo que el paso del tiempo le arrebató. (2009: 13)

Tomando en cuenta esta posición, nos adentraremos en el análisis de una infancia particular, la que recuerda un adulto treinta años más tarde, lo que rescata del olvido, o lo que cree rescatar.

Sin embargo aquel tiempo vive, respira, se desangra muy despacio,  
como esperando que yo vaya a recogerlo.  
¿Quién lo dice?

No sólo nos han servido en este estudio las miradas sociológicas o de la crítica literaria acerca de la memoria como factor fundamental en la construcción de identidades (Arfuch, Sarlo, Scarano, entre otros). También nos hemos acercado a la psicología, de la mano de Sigmund Freud, para intentar comprender algunos procesos mentales que se ejercen en la infancia en relación con la memoria y la narración. Freud plantea en su artículo “Recuerdos de infancia y recuerdos encubridores” extraído de *Psicopatología de la vida cotidiana* la siguiente problemática

(...) he podido demostrar la naturaleza tendenciosa de nuestro recordar. Partí de un hecho llamativo: entre los más tempranos recuerdos de infancia de una persona, a menudo parecen haberse conservado los indiferentes y accesorios, en tanto que en la memoria del adulto no se encuentra huella alguna de impresiones importantes, muy intensas y plenas de afecto (...) Los recuerdos indiferentes de la infancia deben su existencia a un proceso de desplazamiento (descentramiento); son el sustituto, en la reproducción [mnémica], de otras impresiones de efectiva sustantividad cuyo recuerdo se puede desarrollar a partir de ellos por medio de un análisis psíquico, pero cuya reproducción directa está estorbada por una resistencia. Puesto que deben su conservación, no a su contenido propio, sino a un vínculo asociativo de su contenido con otro, reprimido, tienen fundados títulos al nombre de “recuerdos encubridores”. (2006: 48)



Freud propone que la memoria, mecanismo de control selectivo, no es el único factor que juega en estos 'recuerdos de infancia': propone, a su vez, la modificación de esos recuerdos desde las vivencias que el sujeto ha transitado. De esta manera, los recuerdos funcionan como entes maleables y manipulables, pero nunca a nivel conciente: el sujeto deforma aquello que realmente ha sucedido, lo borrona y modifica desde la resignificación que le permite su vivenciar posterior a ese recuerdo. Freud dice

Pronto se descubren los motivos que vuelven comprensible la desfiguración y el desplazamiento de lo vivenciado, pero también prueba que la causa de estas equivocaciones del recuerdo no puede ser una simple infidelidad de la memoria. Intensos poderes de la vida posterior han modelado la capacidad de recordar las vivencias infantiles, probablemente los mismos poderes en virtud de los cuales todos nosotros nos hemos enajenado tanto de la posibilidad de inteligir nuestra niñez. (2006: 51)

Con estas consideraciones podemos volver a pensar a *Fuego de marzo* como un texto que, precisamente, evoca aquellos 'recuerdos de infancia' o 'recuerdos encubridores' y les presta un nuevo significado. Se desplazan las imágenes borrosas, confusas, y nos acercamos al deslumbramiento, al develamiento de una 'infancia disidente'.

Han pasado treinta años. Un viento largo de poniente remueve las cenizas  
y aun palpita aquel tiempo, terrible y piadoso como el fuego de marzo.  
¿Quién lo dice?

### **Andamios de lectura: un abismo en construcción**

*El palomo cojo* y *Fuego de marzo* constituyen, a nuestro entender, una suerte de díptico que propone, como proyecto de escritura, la evolución de un niño hacia su verdadera identidad. Ambos textos trabajan con la evocación y los recuerdos de infancia resignificados por una mirada adulta que ha vivenciado muchas experiencias; las mismas que le permiten ejercer la interpretación sobre su propia narración.

En el comienzo de *Fuego de marzo* encontramos la siguiente cita que define, a su manera, el proyecto final de toda escritura



Nada de aquel paisaje existe. La ciudad ha cambiado. Incluso yo mismo soy ya incapaz de reconocermelo. Sin embargo aquel tiempo vive, respira, se desangra muy despacio, como esperando que yo vaya a recogerlo. (...) Está próximo el invierno y se agrava este dolor tan hondo de irse alejando de uno mismo. Vana es la penitencia del regreso, baldío el empeño de sernos fieles. (2005: 16-17)

Aquel tiempo lejano y perdido se acerca y se manifiesta, ‘como esperando que yo vaya a recogerlo’: la infancia se desprende del discurso y se manifiesta con toda su potencia.

Todo comienza en el final de *El palomo cojo*, cuando el niño recibe una especie de ‘maldición’ de La Mary, la criada que trabaja en la casa de los abuelos.

La Mary me miró como si quisiera envenenarme y me dijo: -Chivato, malasangre, maricón. Así te zurzan el ojo del culo con una soga embardunada de alquitrán. Y que se te encaje en las tripas un retortijón que te las deje como el escobón de desatascar el vater (...) Y que por la leche que mamé, niño, pichapuerca, no encuentres en tu vida ni una sola gachí que te ponga duro el bienmesabe, que con las hembras se te quede lacio como una bicha en invierno, y que hasta con los hombres se te ponga chiquitujo, seco y pellejón (...) por culpa de aquella maldición yo me puse a pensar que estaba averiado para siempre. (1991: 227)

La presente “maldición” también ha sido recuperada en el trabajo anterior, porque creemos que la misma fuerza perlocutiva con que la Mary la pronuncia, se traslada al niño, convenciéndolo de que aquellas palabras lo acompañarían para siempre. Esa ‘avería’ que sufre el niño en el final del texto se traslada al comienzo de *Fuego de marzo*, en el cuento “La tórtola” –claro ejemplo intertextual con *El palomo cojo*- donde tímidamente se manifiesta una ‘sensibilidad’ diferente, origen y razón de una infancia disidente:

Muchas veces la tórtola se desangraba malherida, pero aun respiraba cuando yo la cogía del suelo, espantando a los perros, y volvía con ella muy despacio a donde estaban los cazadores. Yo notaba un nudo en la garganta y un escozor en los ojos y le decía a mi padre: -Está viva. Y mi padre decía siempre: -Tírala fuerte contra el suelo. Todos decían que era lo mejor para la tórtola, pero yo nunca supe hacerlo. Mi padre tenía que arrancármela de las manos y luego la estrellaba con mucha habilidad contra el suelo con un golpe seco y entonces yo dejaba que los perros nerviosos la recogiesen. (2005: 15-16)

El libro de relatos sigue con el texto “Los parecidos”: desde el título mismo se problematiza la diferencia, operando como metáfora funcional que



pone de manifiesto la evolución de este niño hacia su identidad. En este relato, los niños juegan a encontrarle parecidos a los hombres que ingresan al prostíbulo: de esta forma, ellos mismos elaboran un trabajo metafórico sobre la realidad y la ficción, una paradoja que no termina de resolverse en el cuento. Un hombre que ingresa en el prostíbulo es parecido al cura del pueblo, otro es igual al padre del protagonista, otro es igual a Medinilla –el niño a quien nadie le gana jugando ‘a los parecidos’-. Pero ningún hombre que entre en la casa de mujeres puede ser parecido a nuestro protagonista: marca identitaria de una disidencia que evoluciona en la narración, que se manifiesta cada vez con mayor potencia, que se inscribe en el final de este relato de la siguiente manera:

Hacia tanto frío que a lo mejor no volvíamos a las dunas hasta la primavera, y hasta entonces no volveríamos a ver a los hombres que entraban en El Ancla y se parecían a todo el mundo, y cuando entré en casa estaba triste y asustado y me daba coraje que tuviera ganas de echarme a llorar (...) [Y no sabía] si era yo el que tenía la culpa de ser diferente a todos, de no parecerme a nadie. Porque ninguno de aquellos hombres que iban a El Ancla para estar con mujeres se parecía a mí. (2005: 30)

Continuamos nuestro recorrido de lectura –recortado por la extensión, pero que se continúa en trabajos anteriores y posteriores- con el relato “Carne de penal”. El mismo sigue en el proceso evolutivo de nuestro sujeto hacia su identidad, con la voz del narrador adulto que evoca aquel invierno en las vías del tren, cuando con su niñera ‘la Charo’ le mostraban los muslos al preso asomado en la ventana del Penal.

Por eso quería ella tener un novio preso, para que un preso joven y guapo no se muriese de desesperación, y yo le dije que no se lo contase a nadie pero que **a lo mejor** yo también podía tener un novio preso, porque en el Penal del Puerto no había presas, y así conseguíamos que la desesperación no matase a dos presos jóvenes y guapos (...) y la Charo aceptó que ella y yo tuviésemos el mismo novio. (2005: 80)

En este relato se problematiza una relación triádica que será recuperada y llevada hasta la culminación en el relato que da nombre al volumen, “Fuego de marzo”. El preso Eusebio, la Charo y este niño (siempre sin nombre)



conforman un triángulo amoroso del cual el niño es excluido, finalmente, en el acto sexual, pero no obstante forma parte en el proceso de seducción:

Y entonces me acordé del grito que pegó La Charo -¡Niño, ¿qué estás haciendo con el pantalón?! Y es que yo me estaba subiendo los pernils del pantalón para que también a mí el preso, desde la ventana, me viese los muslos. Porque si el preso era novio de los dos, querría vernos los muslos a los dos, y la Charo tuvo que decir que sí, que eso era verdad, aunque lo dijo a regañadientes. (2005: 84)

Recuperamos un recuerdo encubridor, a decir de Freud: el adulto recupera un recuerdo que tenía asimilado, una sensación que, en su actualidad y para nuestros ojos lectores, cobra un nuevo sentido del que tenía en la infancia

Yo llevaba todavía pantalón corto, unos pantalones que me llegaban un poco más debajo de las rodillas (...) la Charo podía subirse la falda más de lo que yo podía subirme los pantalones, y a lo mejor por eso pasó lo que pasó (...) la Charo pasaba más frío que yo por el preso, y seguro que el preso se daba cuenta y le estaba más agradecido a la Charo que a mí, porque ella le ofrecía más que yo. (2005: 86-87)

Ese recuerdo de un pensamiento infantil se resignifica en la actualidad de este adulto que evoca: el adulto sabe que 'pasó lo que pasó' porque el preso estaba marcado por la heteronormatividad, porque su objeto de deseo no se dirigía hacia él sino hacia la Charo, con sus muslos y su figura de mujer. No obstante, en ese momento de su infancia, el niño interpreta las palabras de Eusebio ("estás muy flaco, tienes que comer más") con un dejo de esperanza que terminan llevándolo a seguir su camino para hallar la verdadera identidad.

Yo volví mi cama casi sin darme cuenta, casi sin pensarlo, porque sólo pensaba en comer bien y engordar para cuando Eusebio volviese y, si no volvía, para que, cuando de nuevo llegase el invierno y fuera otra vez con la Charo a la vía del tren mis muslos estuvieran gorditos como los de la Charo y le gustasen al preso que se asomara a la ventana del lavadero del penal. (2005: 104)

Culmina nuestro recorrido de lectura con el relato final "Fuego de marzo"; relato que podría considerarse como una secuela de "Carne de penal" por plantear la continuación de este triángulo amoroso, ahora integrado por nuevos sujetos, pero manteniendo las relaciones entre ellos, llevándolas en este caso, a la consumación del acto sexual. El presente cuento pone de



manifiesto nuevamente la idea de la “maldición”, aquella arrojada por La Mary en *El palomo cojo*, pero esta vez resignificada en “infección”.

Ésta se traduce en la mano del arropiero, personaje aborrecible en el pueblo, que se acerca a nuestro niño y le roza los labios: este contacto terminará de establecer, para siempre, la disidencia de la infancia de nuestro personaje con el resto de los niños. Cuando sus amigos lo ven cerca del arropiero –éste último con su bragueta baja- comienzan a esparcir el rumor de que nuestro sujeto está infectado: característica que lo acompañará hasta el final del texto.

(...) yo no tenía amigos porque los amigos que había tenido empezaron un día a decir que yo estaba infectado. Cuando se lo dije a Rosa –porque me había preguntado que por qué estaba tan solo, sin amigos- ella me preguntó que de qué estaba infectado y yo le dije que no sabía, pero sí que lo sabía (...). (2005: 138)

Cuando este niño puede verbalizar el por qué de la infección, cuando finalmente se anima a narrarlo, Yoni –el personaje masculino de la tríada- se acerca para besarlo “igual que besaba a Rosa”, y de esta manera se concluye en el acto sexual consumado entre tres, “como si los tres fuésemos novios”: acto que concluye con el fantasma de la infección y la disidencia de una infancia que se consume como el *Fuego de marzo*:

Rosa gimió y yo tuve un escalofrío y Yoni jadeaba como si se le hubiera hinchado el corazón, y yo me abracé con todas mis fuerzas a Yoni y a Rosa y miré por encima del hombro de Yoni y entonces los vi: en la ventana, pegados al cristal, brillantes, doloridos, estaban los ojos azules del arropiero (160)

El sujeto recuerda el incendio donde, según los rumores del pueblo, se quemó el arropiero, incendio donde se quemó su último dejo de una infancia igual a las demás. Después de treinta años, ya en su madurez, con una voz y una identidad propia para narrar y recordar, vuelve sobre aquel fuego de marzo “terrible y piadoso” donde dejó la inocencia de una infancia que se sabía disidente, una infancia que se construyó como diferente. Vuelve sobre sus recuerdos encubridores para poner luz sobre las llamas, para poner luz sobre las palabras. Vuelve, intentando sacar en limpio de aquella memoria un recuerdo que no lo traicione, aunque sabe que “sin embargo, los recuerdos





siempre juegan en contra de nosotros” (2005: 59). Quizás, este exorcismo de la memoria que es la narración, aunque le otorgue la identidad, le robe la infancia para siempre.

## Bibliografía

Bustelo, Eduardo (2011) [2007]. *El recreo de la infancia: argumentos para otro comienzo*. Buenos Aires. Siglo XXI Editores.

Freud, Sigmund (2006) [1901]. “Recuerdos de infancia y recuerdos encubridores”, en *Obras Completas Volumen 6: Psicopatología de la vida cotidiana*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

Genoud de Fourcade, Mariana y Granata de Egües, Gladis (2009). *Escrituras del yo y de la memoria*. Mendoza. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo.

Mendicutti, Eduardo (1991). *El palomo cojo*. Barcelona. Tusquets Editores.

Mendicutti, Eduardo (2005) [1995]. *Fuego de Marzo*. Barcelona: Tusquets Editores.

Ruiz, María Julia (2011). “Palabras de familia: construcciones y representaciones familiares en el universo de Eduardo Mendicutti”. Publicación pendiente en Actas del II Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas. Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata.

Saxe, Facundo Nazareno (2008). “Identidad literaria e identidad sexual: la diversidad como proyecto de escritura en la obra de Eduardo Mendicutti”. Actas del I Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas. Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata. Versión. Disponible en: <http://congresoespanyola.fahce.unlp.edu.ar/i-congreso/.../SaxeFacundo.pdf>. Acceso: 12 de abril de 2012.